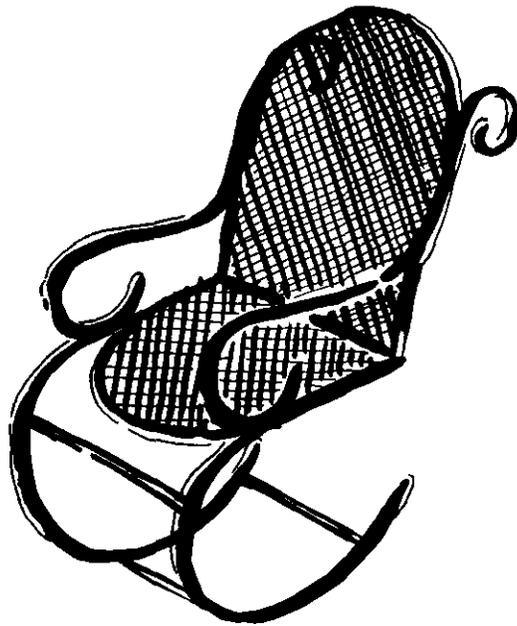


el señor Smith compra pescado

Francisco Martínez



¿Has oído aquello?

¿Qué?

No lo sé ... los perros aullan, el atardecer fue rojo y ...

Cric ... Crac

José Alonso se encontraba sentado en su mecedora junto al pórtico de la vieja casucha de madera.

Así, sentado, simplemente, con su gran sonrisa bobalicona.

Sabía que a esa misma hora los pescadores llevarían a la casa del señor Smith grandes cestas de pescado, para luego recostar sus humillados miembros frente a la cantina del tío Jonás. ¡ Cuántas veces había realizado el mismo recorrido !

Cric ... Crac

Escuchaba el ruido del río, el mismo río, el mismo maldito ruido. Pero hoy era diferente. Ya no habría río, ni peces, ni agua.

Cric ... Crac

Su mirada perdida se iluminó eróticamente al evocar a la exuberante mujer del brujo. Aún recordaba sus negros ojos jadeantes de placer cuando aquella tarde revolcaron sus cuerpos frente al estero.

Le contaron que luego de recolectar poderosas hierbas, animales disecados y cinco días de bailes y conjuros, el brujo planeaba su venganza. Le aconsejaron que huyera del caserío, que en el gran pueblo de casas grandes podía ganarse la vida. Le contaron las maravillas de la ciudad. Le contaron ... y lo creyó, porque el sol alumbraba la mañana y el sol nunca miente. Pero él era parte del estero, de la vegetación.

Yo no creo en brujerías, había afirmado luego de sentarse en su vieja mecedora, como siempre lo hacía cuando quería pensar. Y ese día se encontraba pensando ... pensando.

Desde entonces ya nadie lo comprendió. Siempre que quiso hablar se poblaban sus morenas facciones de aquella babeante sonrisa, sonrisa de gusano, de perro pateado que lame las suelas del amo. Quiso vengarse, pero sus miembros no tenían movilidad, y poco a poco fue solidificándose hasta convertirse en aparejo indispensable de la vieja mecedora.

Sólo pensaba ... pensaba, y esto era bastante.

Debía tomar su canoa, remontarse al estero, lo sabía y lo hizo. Y muy apenas el leve chirrido de la mecedora cosía despacio los primeros rayos de luz.

Y pescaba, y cómo ... y mira Juana qué bonito tan grandísimo, debe pesar unas cuarenta libras. Con lo que me de el don Smith te voy a comprar esa telita ... ja ... ja.

¡ Eduviges ! ... Carajo, dónde está ese negro e mierda ... trae el machete pa limpia el pescao ...

Cric ... Crac

El tiempo ya no tenía sentido, y él pescaba y pescaba, y cada vez más. Diez, cien, miles y su canoa rebozaba, y Smith pagaba y pagaba.

Cric ... Crac

Chorros de sudor y baba se entremezclaban en el pecho de José Alonso y humedecían la crujiente mecedora. Pero él seguía pescando y pescando, y Smith sonreía haciendo sonar la diminuta bolsa llena de centavos.

Cric ... Crac

Fue precisamente aquella noche cuando José Alonso vio el brillo de millares de luces brillantes que atravesaban el río y se dirigían al estero. Era su oportunidad y él debía ...

Alcanzó su embarcación, tomó rumbo al río, y pescaba y reía, y los bonitos saltaban a su canoa, y él los acariciaba y reía ...

Qué diría Smith, la Juana, la negra Inés, nadie jamás había pescado tanto, y era feliz como nunca antes lo había sido y gritaba. Sí, gritaba y hablaba y reía, y su canoa se deslizaba entre miles, millones de luciérnagas brillantes, como si el firmamento se plasmara en aquel pedazo de río. Sentía que las palmas se agitaban y entrechocaban unas con otras, y el viento susurraba su nombre. Se recostó en la canoa entre el montón de pescado y era dichoso. Poco a poco fue sintiendo cansancio y sueño, sus párpados le pesaban cada vez más, pero él sabía que era distinto. Ahora podía dormir. Sus ojos se iban cerrando lentamente, mientras miles de peces de todo color saltaban alrededor de la canoa para luego desaparecer. Nunca había sentido una paz tan intensa y se fue abandonando lentamente al descanso.

Cric ... Crac

Al día siguiente los habitantes del caserío encontraron el cadáver de José Alonso en su vieja mecedora. Una expresión de profunda paz surcaba su agrietado rostro, y sus ojos se encontraban iluminados por destellos de triunfo. Pero la sorpresa más grande la recibió el señor Smith, cuando al salir de su magnífica villa encontró frente a la puerta varias decenas de inmensos bonitos, tan grandes como jamás se habían visto por los contornos.